

Santiago DOMÍNGUEZ, Klaus HERBERS (coords.), *Roma y la Península Ibérica en la Alta Edad Media. La construcción de espacios, normas y redes de relación*, León-Göttingen, Universidad de León-Akademie der Wissenschaften zu Göttingen, 2009, 208 pp. ISBN 978-84-9773-472-1.

Este volumen puede considerarse un exponente más de un ambicioso proyecto cuyos orígenes se remontan ya al siglo pasado y cuyo objetivo es la edición de fuentes, en particular la documentación pontificia medieval que se encuentra en la península Ibérica, y que permitirá poner las bases científicas de futuros trabajos acometidos por historiadores.

Las ocho colaboraciones recogidas en esta obra tienen un mismo hilo conductor que tal y como enuncia el título son los distintos cauces de relación que se fueron configurando en los siglos centrales de la Edad Media entre la iglesia de Roma y las sedes episcopales de la península Ibérica. Unas relaciones que tal y como afirma K. Herbers en la introducción favorecieron a partir del siglo XI la apertura del espacio peninsular a Europa. Para este autor, las intervenciones de Roma en el contexto eclesiástico peninsular abarcaban fundamentalmente tres acciones: mediar en los conflictos entre obispados; salvaguardar el patrocinio de monasterios, órdenes religiosas y militares; y en último término y en estrecha relación con el contexto histórico, legitimizar los nuevos reinos nacidos al calor de la Reconquista, un último punto en el que el Papado tuvo un especial interés pues sobre todo pretendía la unificación peninsular cara a la participación en ese proyecto común que era la lucha contra el Islam. Este último tema es el punto de partida de la intervención de J.L. Martín quien analiza las vicisitudes de la organización eclesiástica durante los siglos altomedievales y como se produjo la transición a veces “violenta” entre los reyes, que hasta entonces fueron los encargados de restaurar sedes y fundar nuevos obispados, y la Curia romana, que a partir del siglo XI empieza a intervenir en el diseño del mapa eclesiástico con un criterio unificador y jerárquico que abogaba por una simplificación administrativa pero que chocaba en muchas ocasiones con los intereses de los reinos y de las diócesis. Tal es el caso de la iglesia compostelana que convierte al apóstol, evangelizador de la Península, en cabeza de la Cristiandad hispana al margen de la iglesia de Roma, tal y como afirma López Alsina en su comunicación y que origina tensos enfrentamientos sobre todo a raíz de la proclamación de la primacía toledana en el año 1088.

Ante este panorama de gobierno universal, donde era urgente una clara comunicación y para solventar la distancia espacial que podía agravar los problemas y malentendidos, la iglesia gregoriana disponía de unos instrumentos que eran los legados papales, que garantizaban la unión entre el Papa y los distintos obispos, y que contribuyeron a la centralización pontifical. Estas figuras, destacadas por su gran nivel intelectual y moral, son el objeto de estudio de I. Fleisch quien advierte de la inexistencia de trabajos sobre estos individuos, sus viajes y, lo que aún sería más interesante, el impacto cultural que ejercieron en la península Ibérica. Los legados pontificios fueron sin duda unos elementos imprescindibles para la consecución de la reforma eclesiástica, así como los sínodos provinciales, tal y como analiza M<sup>o</sup>C. Cunha para el caso portugués en los siglos centrales del medievo.

Finalmente, junto a estos análisis históricos el libro contiene otras aportaciones como los trabajos de M.J. Sanz Fuentes que muestra una de las consecuencias de esas relaciones entre la sede apostólica y las iglesias peninsulares desde un punto de vista diplomático. La autora afirma la influencia y en su caso subraya las similitudes entre la cancillería pontificia y la castellano-leonesa, analizando desde las tipologías documentales, los usos escriturarios o determinados oficiales que ejercían funciones similares en ambas cancillerías. Desde una misma perspectiva archivística y diplomática, S. Domínguez arroja nuevas luces sobre la diplomacia pontificia, en su caso, analizando la trasmisión documental, de vital importancia para las posteriores investigaciones históricas, de las bulas pontificias en el reino leonés, mucho más disperso en cuanto a la conservación archivística que la corona aragonesa (pp. 100-102).

Como hemos señalado este volumen constituye una aportación científica de gran interés para el panorama historiográfico peninsular, no obstante y como en varias ocasiones los autores ponen de manifiesto aún son muchas las cuestiones que los historiadores deben abordar, muchos los terrenos inexplorados y las áreas que esperan a investigadores con espíritu crítico y conocimiento de las fuentes para ser exploradas.

ANGELES GARCÍA DE LA BORBOLLA  
Universidad de Navarra